Siendo Sinceros

Una novela de Yolanda Romero

Las corrientes colectivas

Las corrientes colectivas. Aquellas odiosas masas que nos persiguen desde la infancia. Aquellos monstruos que parecen querer imponernos cómo, dónde y con quién vivir. Aquello que debemos esquivar si queremos llegar al fondo de una gran cuestión: ser nosotros mismos.

La búsqueda para conseguir ser yo misma es mi objetivo más querido y con él, camino cada día hacia un futuro demasiado incierto para mi gusto. Eso me ha hecho distanciarme de determinadas situaciones a lo largo de mis veintinueve años. Y también tener que asumir, que durante el resto de mi vida, deberé escuchar frases como:

Tía es que tú eres rarita. Deberías dejar de pensar tanto. ¿Por qué le das tantas vueltas a las cosas?

Los valores de esta sociedad actual, moralista e individualista, están demasiado arraigados en nuestros chips internos. Pero desde siempre me he sentido en la obligación de encontrar la verdad a cada paso y de cuestionármelo todo tantas veces como sea posible, para así poder encontrar una teoría válida para mí. No me he cansado nunca de gritar a los cuatro vientos que las cosas pueden ser diferentes de como están estipuladas y que la obligación está únicamente dentro de nosotros. Pero el resultado nunca ha sido satisfactorio. No sirve de mucho. Sé que no puedo cambiar el mundo, pero al menos, sí cambiar mi vida para actuar como realmente yo desee con más o menos independencia de esa visión ajena.

La realidad es que nos cuesta entender las visiones de las cosas que son diferentes a las propias, sobre todo si es una visión un tanto diferente de la común. La única solución para poder convivir con tanta diversidad de opiniones es la explicación clara y concisa del porqué de todo aquello que creemos o sentimos, a través del más sublime de los diálogos con nuestros contertulios, diálogos que se presentan internamente en un principio, y externamente con posterioridad. Esta es la única manera de llegar al único dios al que yo venero: el Entendimiento.

Una de estas reflexiones es la concepción básica y clara de lo que significa la familia para la sociedad: en primer lugar, la pareja, claro. Nuestra obligación social es encontrar a alguien con quien compartir nuestra vida. Es una tarea social (obligación externa) aunque

también de necesidad afectiva (obligación interna). Este es un tema de gran controversia entre solteros y casados. Queramos o no, ambos grupos pensamos diferente, ya que las circunstancias, siempre nos afectan para emitir una opinión.

Que tienes casi 30 años a ver cuándo asientas la cabeza de una vez.

En aquellos momentos, me sentía extraña. Hacía varios días que había finalizado mi historia con Mr. Big, un tipo egocéntrico y prepotente, cuyo ego supera el mío con creces. Había empezado a darme cuenta que había llegado el momento en que debía volver a relacionarme con gente. Jamás lo había dejado de hacer pero tenía que admitir que los problemas emocionales me habían dejado un tanto enjaulada, y por tanto tenía un poco olvidadas a ciertas personas. Tuve que reubicar cosas en mi cabeza y hablar mucho conmigo misma. Y en ese momento, había llegado la hora de empezar de nuevo a caminar.

En esencia, volvía a estar sola, sin interés alguno por nadie en especial. En presencia, no quedaban muchos amigos solteros a los que recurrir. Así que me planteé, que aunque no fuera el plan ideal para recuperar el control emocional de mi vida, quizás fuera un buen momento para visitar antiguos amigos, por muy casados que estuvieran. Al fin y al cabo, solteros y casados tenemos un fondo humano similar y como personas sociales que somos sentimos la necesidad de relacionarnos.

Aquel fin de semana teníamos previsto con unas amigas del instituto, Elein y Martha y sus respetivas parejas, ir a ver a Jota y a su mujer, que acaban de tener un niño hacía tres meses. Por algún extraño motivo, sentí que tenía que ser yo la que lo organizara todo. Ese extraño motivo en voz alta era “eres más amiga de Jota” y en voz baja “Estás soltera”.

-Llama tú a Jota, luego nos llamas a nosotras. Y cuando tengas algo en firme, ya nos dirás algo.

Más tarde, con mi hermano mayor y su mujer, planteamos la idea de ir semanas más tarde a un concierto.

-He cogido un par de entradas para ir a un concierto en la Buala –dije.

-¿Por qué coges dos entradas si sólo eres una?

-Bueno, por si alguien más se apunta… no sé.

-Está bien, compra una más para Emma, y vamos los tres. Ya me dirás algo.

¿Somos acaso los solteros los que tenemos que formular propuestas para relacionarnos con casados? ¿Los casados pierden la imaginación al casarse? ¿O es que las parejas tienen una vida más atareada que los solteros? ¿Los casados no quieren relacionarse con solteros? ¿O simplemente es más práctico dejar que alguien que dispone de tiempo, en teoría, lo planee por ellos? Entonces… ¿Las ideas de los solteros son la clave para evitar la comodidad en una pareja?

La gran mayoría de casados con el paso del tiempo dejan de salir con gente, dejan de relacionarse. Es un hecho científico. Allá donde vamos, hemos oído todo tipo de estándares:

Hemos conseguido quedar todos los amigos una vez al mes. Sin las parejas. Nos ha costado lo nuestro. A algunos del grupo su pareja no les dejan venir demasiado tiempo con nosotros. El "matrimonio" es el fin de las libertades individuales.

Casi todos mis amigos han desaparecido al tener pareja estable. Es verdad… quita tiempo tener pareja… pero realmente ¿tanto como para dejar de ver a los amigos?

Es cierto, aun no estando de acuerdo con ello, muchos son los que desaparecen del mapa al tener pareja. Quizá cambian su visión de las cosas. O quizá el enfoque de la pareja no es el adecuado. Parece que por tener pareja no se tienen más necesidades sociales. Y si las hay las compensan con personas de su misma especie. Se mezclan entre ellos. Y los solteros también hacemos lo mismo. Parejas con parejas; solteros con solteros.

La verdad es que la incomunicación está servida en bandeja de plata entre solteros y casados. Quizá sea el estilo de vida lo que nos distancia. ¿La pareja se carga la idea del individuo exclusivo? ¿Es necesario relacionarse siempre en función de nuestro estado civil? Lo cierto es que muchas veces romper esa norma no escrita nos hace sentir mal.

¿Qué porque no voy con parejas? Joder… Son de lo más aburridas… Si les cuento mis historias siempre sueltan aquello

de “deberías asentar la cabeza” y si no lo hago… las suyas me parecen atroces… ¿Hablar yo de lavadoras? ¡Qué va!

Mis amigos casados no tienen ningún tipo de conversación. Cuando voy con ellos a tomar algo, cuando su pareja se lo permite claro, lo único que desean escuchar son mis historias sexuales esporádicas… Supongo que eso les hace dar vida a su imaginación.

No acabamos de entender muy bien a nuestro único amigo soltero. La relación con él se ha visto truncada desde que estamos juntos. No debería haber cambiado nada, ¿no?

¿Por qué estamos más cómodos con personas de nuestro mismo estado civil? ¿Queremos evitar, al no mezclarnos, la envidia o la condescendencia hacia el otro estado? ¿O quizá cansa demasiado tener que demostrar que estamos bien en nuestro estado aunque una parte de nosotros quiera estar al otro lado?

Ambos estados tienen sus pros y sus contras. Los casados pueden envidiar la libertad del soltero y los solteros el amor de los casados, pese a que seguramente ninguno de los dos pueda reconocerlo en voz alta. Así como los casados suelen tener esa vida cómoda y tranquila, los solteros… ¿Acaso no llenamos nuestras agendas para vencer y cubrir esa necesidad humana de estima y de relación?

Justo el día que debíamos ir a ver a Jota, a su mujer y al niño, las chicas dijeron que no podían venir. En teoría, había ganas de verlos Parecía que era más cómodo no moverse de casa. ¿La comodidad se come las relaciones sociales de las parejas? Y en tal caso… ¿La comodidad es cosa exclusiva de casados?

Intento quedar con amigas que hace años que están casadas. A la hora de la verdad, o vas tú a verlas, o ellas ni se mueven. ¿Qué pasa? ¿Las parejas crean adicción al sofá o cómo va eso?

El tipo de vida que tenemos los solteros, salir, trasnochar, beber, divertirnos… es algo de envidiar por los casados cómodos. Aunque es de reconocer que muchos casados siguen participando en esas diversiones aunque a otra escala. Aunque eso sí, la excusa siempre es la misma.

Estoy algo cansado. Mañana tengo que hacer cosas…

Por otra parte, los solteros solemos buscar en cualquier lugar a alguien con el que poder mantener sexo y eso es precisamente aquello que los casados se supone que tienen siempre que desean, el sexo con su pareja. Por el contrario, es casi lo que más envidian los casados: el libertinaje. Entonces… El estilo de vida que separa los solteros y los casados… ¿es la manera de conseguir sexo?

Jota se está defendiendo inconscientemente de llevar la vida que siempre ha criticado con una ironía aplastante.

- Tu disfruta, tía, disfruta, que una vez entras en la rueda, te conviertes en uno de ellos… ¡Mírame! ¿Yo? ¡Padre!

Por una parte en el comentario estoy viendo sinceridad y cierta envidia de la libertad de la soltería, de esa individualidad exclusiva. Por otra, cierta expresión de compadecerme. Cuando un casado se encuentra con un soltero ¿es envidia o condescendencia lo que muestra al hablar de estos temas?

¿Es el estado civil algo así como el color de pelo? Las rubias quieren ser morenas, las morenas rubias. ¿El ser humano desea lo que no tiene? ¿El casado desearía volver a la soltería y el soltero encontrar a alguien? ¿O es que erramos al enfocar como debemos vivir una relación de pareja, porque el modelo aprendido en nuestra sociedad parece negar la libertad del individuo?

En la mezcla está la gracia

Los últimos tiempos en Barcelona han hecho cambiar la forma de pensar de la población. La inmigración masiva de los últimos años ha convertido, paulatinamente, a Barcelona en una de las ciudades con más diversidad cultural. Y quizá eso forma parte del encanto de la ciudad. Los que queremos, tenemos la posibilidad de charlar con gente muy diversa y variopinta.

A modo de ejemplo, mi comunidad vecinal se había convertido en un cóctel molotov entre culturas tan diversas como la rusa, la china, marroquí, pakistaní, peruana… eso sin mencionar la raza gitana, que acoge en un mismo piso siete niños de diferentes edades. Y entre tanta diversidad… vivía yo.

Aquella semana habíamos asistido con mi amiga Ce a una de las tres cenas anuales en que solemos reunirnos todos los amigos. Aquel año, solos éramos tres los solteros que asistíamos. Ce, Ed y

yo. Eso no hubiera sido de especial interés si no fuera porque en la mesa larga en la que nos hallábamos, cada persona se sentó con su pareja delante y nosotros tres no supimos a quien dejar sin compañero de viaje. Sentados en una esquina, comentamos la jugada:

-Míralos. Uno delante del otro… ¡qué monos! Joder, parece que tenemos la peste… - dijo Ed.

Analizando las parejas que se habían hecho oficiales desde el año anterior, nos dimos cuenta que había un tanto por ciento importante que se elevaba hacía las mezclas culturales. Quizá empezaba a ser la próxima tendencia.

Si los solteros actuales, en algún momento, llegábamos a tener pareja, las posibilidades eran elevadas que fueran con inmigrantes. ¿Son entonces los inmigrantes los futuros candidatos? ¿Acaso es eso lo que ha ampliado nuestra confianza en ellos?

Con la diversidad instalada en comercios, viviendas, escuelas, en la noche y con la creencia firme que la multiculturalidad es la base de una cultura sana, los jóvenes barceloneses acceden a mantener relaciones sentimentales o sexuales con inmigrantes, sean o no esporádicas, aunque a veces con cierto recelo. Lo cierto es que se empiezan a calificar el nivel sexual de cada cultura con frases como…

Me acosté con un chino una vez, su miembro era pequeñísimo. Fue un desastre.

Lo mejor que puedes probar son los sudamericanos. Son ardientes y no tienen ningún tipo de tabú. Será un hecho cultural. Brasileros, cubanos, argentinos…

En cualquier caso, la desconfianza con otras culturas empezaba a desaparecer entre los jóvenes.

Reflexionando sobre lo acontecido en aquellos meses me he di cuenta de que el tanto por ciento de inmigrantes varones conocidos en una noche era bastante elevado. Chilenos, argentinos, cubanos, mejicanos, la mayoría sudamericanos, aunque también marroquíes, indios, incluso rusos. Ya no era por el ambiente donde te movías. Fueras donde fueras, estaban allí. Así que eran una posibilidad. Y no era que no lo quisiéramos pero, realmente… ¿alguna de nosotros lo habíamos contemplado como una posibilidad certera?

¿Son los inmigrantes el nuevo mercado para las solteras, dado el número escaso de varones libres de nuestra generación?

Mi amiga Ce y yo solíamos frecuentar un antro con una reputación peor que la nuestra. Se llama Splash. Era una discoteca de ambiente juvenil, quizá demasiado juvenil para nuestro gusto. Pero era un lugar donde conocer a gente siempre había sido facilísimo y de vez en cuando se encontraba a alguien interesante, lejos de la vanidad de un físico perfecto.

Aquel viernes encontramos personas de varias culturas. Mientras yo investigaba, Ce conoció a un tipo argentino del que salió acompañada horas más tarde. Mis experiencias sexuales con sudamericanos habían sido simplemente esplendidas así que le recomendé a Ce que se atreviera a probarlo. Y eso hizo, o por lo menos lo intentó…

-¿Cómo te fue anoche con tu guapo argentino?

-Lo de siempre… se quedó dormido porque iba muy bebido.

Al oír a Ce pronunciar estas palabras caigo en algo. Quizás la inmigración haya traído más personal al país y los solteros podemos tener más esperanzas porque la cantidad de personas solteras se ha incrementado. Pero desde luego, hay cosas que nunca cambian. La calidad es difícil de encontrar, aquí y en Lima.

¡Yupi!

En una sociedad postmoralista como es la actual, el valor de la palabra “deber” ha quedado descontextualizado. Nada que ver con aquella idea idílica de los antiguos griegos en que el trabajo formaba parte del buen ciudadano. En la actualidad, sabemos que para vivir tenemos que trabajar para ganar dinero y así, poder traer algún tipo de ingreso a nuestro hogar, y poder disfrutar de la mayor parte de bienes y servicios necesarios para poder subsistir (algunos podemos situarlos como necesarios entre comillas, como el móvil, por poner uno de tantos ejemplos). Gracias Motorola.

Lo cierto es que el materialismo se ha convertido en algo habitual y cada vez más las necesidades son menos “necesarias” y más exhibicionistas.

Tengo que comprarme un móvil nuevo. Claro, tiene que tener GPS, y me estoy mirando uno que tiene un paquete Office dentro. Así podré llevar un ordenador encima. Si me preguntas si realmente lo necesito te diré que no, pero… ¿Por qué no comprarlo si me será extremadamente útil?

Muchas veces en mi vida he conocido a determinados hombres que siempre han querido los mejores coches, la mejor tecnología, la mejor casa, el mejor trabajo y/o sueldo, las mejores chicas, y se han olvidado de cultivar lo realmente importante, el espíritu.

El dinero es importante para mí. Ahora que trabajo en un banco, soy más feliz. Ello me permitirá tener lo mejor en todo. Y así conseguiré pareja mucho más rápido.

No te puedes ni imaginar cuántas chicas me han dicho a la primera de cambio qué coche tenía su novio. No sé. Estoy seguro que si yo le hubiera dado una situación económica superior la cosa hubiera prosperado.

Tengo una amiga que aún a día de hoy dice que ella se casará con un millonario. O al menos ese es el sueño de su vida. Me parece increíble que eso sea un sueño.

No digo que todos los que quieren lo mejor hayan olvidado pensar en quien son, pero sí en algunos casos. Varias veces me he cruzado con personas de tal talante. Y cuando empiezas a rascar un poco, muchos de estos personajes, no saben quién son. Incluso a muchos ni les importa. Algunos se escudan en que no entienden mis preguntas, otros se quedan hechos polvo al darse cuenta de que le han estado dando importancia a algo sumamente intrascendente por el mero hecho de aferrarse a algo. Otros simplemente no quieren hablar. A partir de ahí, se bloquean y no saben rebatir nada, porque sus problemas internos están solventados con una creencia de que el éxito o el prestigio viene relacionado con algo monetario, quizá porque socialmente, en parte sea así.

Ya no se trabaja con la idea del deber. Hemos entrado en un ciclo donde la importancia que tiene el trabajo es meramente contractual. Ofrecemos servicios a alguien que nos paga. ¿Eso no es un poco vendernos? Hemos olvidado aquello de la autorrealización o que el trabajo es realizar servicios a la comunidad, o que los trabajos pueden ofrecernos algo más que dinero. Quizá estabilidad, ego, autoestima, o aprendizaje.

Entendemos la vida como un camino en el que hay que divertirse. Pero en ocasiones olvidamos que las ocho o diez horas de trabajo diario, también pueden ser “divertidas”.

Una de las cosas más importantes para mí en un curro es que entre los compañeros de trabajo haya buen ambiente. Al fin y al cabo, paso más horas despierta con ellos que con mi novio, mis padres o mis amigos.

Y el “divertirse” está en la mente de muchos relacionado con el salir, trasnochar, gastar, consumir, consumir, consumir…

Reza un dicho que “la vida son cuatro días y dos te lo pasas durmiendo”. La primera vez que lo oí siendo bien pequeña me di cuenta de que la vida consiste en vivirla de la mejor manera posible, con los medios que tengamos a nuestro alcance. Aspirar y soñar está bien. Y mi decisión es no soñar con mansiones en grandes casas, sino, con sonrisas, con conversaciones, con escritos, con cosas que poco tienen que ver con el materialismo. Así pues, siendo todavía muy joven aprendí el significado de la palabra divertirse. Divertirse para mí es colmarse de experiencias. Experiencias que nos aportan algo, que nos reportan no sólo un rato para dejar pasar el tiempo, como puede ser el trabajo para muchos, sino un aprendizaje externo y autorrealización.

“De todo en esta vida se aprende”, suelen decir algunos. Yo me tomo esa afirmación al pie de la letra. Creo que es diferente la palabra distraerse que divertirse. La mayoría de las veces, cuando alguien utiliza el adjetivo “divertido”, se suele asociar mentalmente con la palabra risa. Y para mí, el concepto de la diversión viene por otro camino. No es necesario reír para estar divirtiéndose. Algo puede ser interesantemente divertido, por ejemplo.

Está claro que la distracción, el hacer las cosas porque sí, por razón con suficiente peso como es el dejar de pensar un rato después de un día agotador, es necesario en la vida. Pero ¿hasta qué punto? ¿Debemos siempre distraernos? Con la comodidad instaurada en esta vida actual… ¿No estamos olvidando lo que es realmente divertirse para caer cada vez más en el pozo de la distracción?

Al investigar sobre el tema, y preguntar a diversos interlocutores sobre qué diferencia existe entre estos términos, me he dado cuenta que para mí, distraerse y divertirse, en realidad sólo se diferencian por una cosa. La única diferencia radica, no ya en las actividades, ya que uno puede ver la tele de muchas maneras, si no

en la finalidad. Distracción implica a veces olvidar, a veces dejar pasar el tiempo. Divertirse implica disfrute. Y el disfrute normalmente agota. Sería gracioso que después de divertirnos tuviéramos que distraernos. Pero quizá sea un poco así.

Tampoco quiero hacer apología del intelectualismo, así que con esta pregunta concluyo… ¿acaso no hay personas que se divierten distrayéndose?

Cuando llego a casa después de una larga jornada lo único que quiero es desconectar. Me siento delante de la tele y espero que se haga de noche para irme a dormir. Sólo busco pasar el rato. El fin de semana está para divertirse… aunque para mí el gimnasio al que voy cada día ya es motivo de diversión.

Cada cosa que hago la hago para sacarle jugo a la vida. Si veo una película es todo un ritual. Si la veo solo, luego apunto en mi cuaderno cosas para luego invitarme a alguna reflexión. Si lo hago acompañado, luego tenemos un debate que me aporta mucho más que ver la película. Ver una película, nunca es sólo ver una película.

El sábado pasado Ce y yo habíamos convenido ir a un pub que no habíamos pisado desde la adolescencia. Se llamaba Stay Fine. Ninguna de las dos había tenido muy buena suerte con la caza en las últimas semanas y que conste que para nosotras la caza también era diversión. Pero no cazar, si no intentarlo. Conocer a gente, examinarla, jugar a ver si los objetivos podían llevar a buen puerto…

Ce y yo empezamos a divertirnos proponiendo acertijos. Aquella noche, el juego consistía en adivinar cuál de todos los chicos que había en el Stay Fine resultaría atractivo para la otra. Era una manera de ahondar más en nuestra amistad. Quizá una manera especial. Pero una manera lícita como cualquier otra.

Al poco de llegar, nos situamos a un lado de la barra. Los solteros más interesantes solían estar allí siempre. Ce se aventuró y me señaló su apuesta para mí de la noche. Acertó de lleno mientras yo no atinaba a encontrar qué chico le atraería a ella. El físico de aquel tipo me impactó pero sobre todo era su manera de moverse y de actuar. Una de las cosas en las que más me he fijado siempre, es cómo se mueven los chicos. Los gestos, las poses, la manera de expresar. La curiosidad hizo que me acercara a pedirle fuego. Con

apatía, me dio el mechero y casi no pude ni decir gracias porque ya me había dado la espalda.

-Nada, Ce… este tipo no ha venido a conocer a nadie. Lo típico, está con sus amigos, bebiendo y eso. Nada que hacer… se le ve.

¿Qué era para aquel chico divertirse? ¿Hablar con sus amigos en un pub en el que no se podía hablar porque la música estaba altísima? No tenía cara de estarse divirtiendo. De hecho parecían tener una conversación de lo más superficial. Tal vez sólo se distraía. ¿Beber como un descosido mientras aguantaba la barra del bar, no era acaso tan sólo una distracción? ¿Podía haber otra manera de verlo?

Meditando sobre la diversión, me quedé mirando a la pista. Un grupo de chicos se lo estaban pasando bien haciendo el payaso, bailando, saltando, imitando y escenificando las canciones y al poco me di cuenta que uno de aquellos jóvenes hacía rato que trataba de llamar mi atención.

El chico me veía en la barra y no cesaba de intentar hacer que sonriera. Se escondía entre la gente, me hacía la ola cuando le sonreía, y tal cual un mimo, intentaba comunicarse conmigo a través de la gente, con un talento arrollador.

Consiguió llamar mi atención, puesto que yo dirigía una pequeña compañía de teatro y el talento siempre fue algo atrayente para mí. Así que al poco, establecí comunicación con él. No tanto verbal como corporal. Bailamos, reímos, hicimos el loco y así descubrí que en realidad, no hacía el payaso, si no que era payaso:

> *Alberto, 26 años, soltero. Payaso y mimo con talento en el arte del humor. Acompañado de un par de chicas en el grupo. Las dos enamoradas de él. Muy cerrado a avanzar en nada que no fuera el arte.*

Aquel grupo de gente no salía a beber, no salía a bailar, no salía a ligar… salía simplemente a distraerse, pero se divertían, sin importarle lo que pudieran pensar de ellos. Expresaban, comunicaban, a través de su trabajo, que sin duda nada tenía que ver con el deber. Sólo trataban de expresar su parte artística sin censura.

Estoy en la parada del autobús, vuelvo a casa. Sé que ha sido premeditado pero le acabo de invitar al estreno de la obra que estoy

dirigiendo y que tendrá lugar dentro de dos semanas. Sé que no va a aparecer. Pero esto es como todo; ha sido divertido mientras ha durado.

Entrar a matar

Si hay algo que siempre me ha llamado la atención desde bien pequeña sin duda es el buen arte de la seducción. Desde que tengo conciencia me he dedicado a la observación del ser humano en este aspecto, porque para mí, es de lo más motivador. Ni siquiera se porque… debe de ser innato.

Cuando era adolescente solía salir con un grupo en el que predominaban más los chicos que las chicas. Eran chicos inexpertos y bastante patosos a lo hora de ligar. Cuando les gustaba una chica solían pedirme consejo para saber cómo acercarse o cómo llamar su atención. Un día, harta de tanta preguntita, me decidí a escribir un manual llamado "el manual del buen seductor", donde relataba actitudes que podían ayudarles en depende qué situaciones y otras de las que debían huir sin contemplación. Algunos de ellos todavía me piden la segunda parte.

Creo que lo que me resulta más interesante es el significado de la palabra seducción en su estado más amplio, aquel que no sólo se refiere a aquello que tiene cierta connotación amorosa-sexual, si no al arte de seducir, embaucar, atraer… Y es normal que me resultara atrayente, ya que desde bien pequeños hemos aprendido que para conseguir algo de alguien, a menudo, tenemos que conquistarlo. Es casi obligatorio poseer ese arte, sea consciente o no, para poder subsistir.

Los niños aprenden rápido qué es exactamente lo que tienen que decir para que se les aplauda y en muchas ocasiones suelen venderse al mejor postor.

El otro día le pedí a mi sobrino que me diera un beso. No quiso. Le dije, naturalmente en broma, que si no me lo daba no podría entrar más en mi bar. El niño no sólo me dio el beso sino que al segundo me preguntó si ya le dejaría entrar en el bar. ¡Pues no saben nada los niños!

Tal vez hemos recibido demasiados chantajes morales como son aquellos de "si sigues haciendo A, no te llevaré al parque". Y así se empieza a recibir en el inconsciente no que A sea malo por x o por

c, pese a que en el mejor de los casos nuestros padres trataban de explicárnoslo lo mejor que sabían, sino que si queremos ir al parque, debemos evitar que nos pillen haciendo A. Es la ley de la supervivencia. Queremos hacer A y queremos ir al parque. No hay otra salida.

La cosa es que a los pobres niños, se les ve a la legua que hacen las cosas porque esperan conseguir algo a cambio. Quizá los adultos hemos tenido que aprender a disimular mejor, ya que a nosotros no se nos perdonan ese tipo de cosas… Siempre tenemos que quedar bien.

El otro día quería ir a comprarme unos pantalones que eran muy monos y le dije a mi chico que me acompañara. Siempre me hace lo mismo. Es que la gasolina está muy cara… que ahora estamos en la cuesta de enero o que estamos a final de mes. Cuando le dije que después tenía pensado ir a ver el fútbol con él, me contestó que ya se apretaría el cinturón, que ya me acompañaba, que no me podía decir que no a nada. ¡Si es que tiene un morro!

Mi novia me dijo ayer que teníamos que ir a cenar a casa de su madre. Como no tenía ganas fingí que me encontraba mal. Al poco me comentó que había cambiado de planes, que le habían dado unas entradas para ir a un concierto de un grupo que me gusta mucho… me quedé sin ir, porque según ella, yo estaba enfermo.

Así pues la seducción se relaciona muchas veces con la mentira, con el engaño, con el aparentar. Nos lo hemos comido muchísimas veces cuando alguien nos trata de vender una moto, y de ahí que los comerciales tengan tan mala fama.

Conocí un tipo en una discoteca. Durante toda la noche me vendió que yo era una chica diferente. Que parecía la mujer de su vida y mil vendemotos más. Yo sabía de sobras que lo estaba diciendo porque quería acostarse conmigo. ¿Cómo se puede ser tan patético?

Pero el buen arte de la seducción no creo que tenga que ver con eso. La seducción, en su sentido bueno y moral, tiene más que ver con explotar aquellas facetas de nosotros que la persona que tenemos delante se espera encontrar.

Cuando voy a una entrevista de curro, examino bien la oferta de trabajo, estudio la empresa y me hago una idea fidedigna de qué están buscando. Así, en la entrevista soy muy capaz de sacar aquello que se que esperan oír y destacar aquello de mí que más creo que les va a interesar.

Muchas veces incluso, nos mostramos explotando aquella parte de nosotros que nos fascina más, aludiendo que si aquello a la otra persona no le interesa, es que aquella persona no es para nosotros. Y si se da el caso en que acertamos, eso que tenemos ganado.

Si conozco a alguien, en principio siempre trato de sacar mi parte más interesante. Remarco aunque sutilmente mis éxitos. Si no le interesan los campos de los que hablo… ¿para qué seguir?

Así pues, seducir puede tener varias interpretaciones. La primera, aquella que se refiere a mentir, embaucar, utilizar todo aquello que no somos, no queremos o no poseemos. Y la segunda, el buen arte, potenciar aquello de nosotros que el otro espera encontrar y minimizar lo que quizá asumimos que al otro no le interesa tanto.

En cualquier caso, está claro es que para seducir tenemos que tener en cuenta las expectativas que tienen las otras personas de nosotros. Si hacemos reír a una persona que de por sí es seria, tenemos mucho ganado, sobre todo si aquella persona desea reírse. Si queremos interesar a un tipo que busca la inteligencia en la mujer, una caída de párpados es de lo más inadecuado.

Ayer estuve en un bar y conocí a un tipo. No tardó ni cinco minutos en mostrarme su cartera con no sé cuantos billetes de euro de un color que yo no he visto nunca. ¿Pero qué se ha creído? ¿Qué por tener pasta va a poder comprarme? Me sentí como una puta.

Lo que está claro es que hay cosas que siempre funcionan.

La sonrisa siempre es contagiosa. Soy camarera. Se consiguen muchas propinas si le gastas una broma a un cliente o les sonríes o simplemente les das las buenas noches o les llamas por su nombre. Ellos sienten que para ellos no son un simple "uno más" y eso se refleja en las propinas, normalmente. Hay de todo, claro.

Sin duda una de esas cosas es el encontrar en el otro un ser simpático o cuanto menos amable. Si alguien entra a formar parte de un nuevo grupo o equipo, lo que menos desea es encontrar un líder o jefe con mal carácter orientado únicamente al objetivo, sino a alguien que desde el principio se mostrara interesado en él, en su trabajo, en su manera de ser o de vivir, pero que se fijara en él sin duda.

Para seducir o conquistar al otro, tendemos a mostrarnos sin olvidar diferentes aspectos imprescindibles. A saber:

Caer simpáticos a todo el mundo: aprendimos el poder de una sonrisa, de una caída de párpados, de una pose de interés… Aprendimos que podemos decir las cosas de miles de maneras. Y que quien consigue mandar a tomar por culo a otro con una sonrisa en la boca, es un gran ídolo.

Crear misterio: si hay algo que funciona casi siempre es crear un cierto halo de misterio a nuestro alrededor. Si somos el centro de atención la admiración se desarrolla rápidamente y pasas a tener un mayor estatus, con aquello llamado prestigio, ya fuera profesional o social.

Destacar: utilizar conversaciones bien sabidas, reflexiones que resultan interesantes, o mostrar un poder adquisitivo, el mejor coche, las mejores notas de la promoción, tocar la guitarra… es decir… mostrar aquello que sabemos de sobras que puede impresionar a cualquiera, salvo error de cálculo, claro.

Preguntándome dónde radica el origen de tanto interés en la seducción me he dado cuenta que el pensamiento infantil tiene algunas claves. Desde la infancia hemos aprendido a competir y por ello tenemos una neurona únicamente dedicada a destacar en lo que sea y así poder ser más admirados o elogiados con lo que sea que nos proporciona un prestigio suficientemente satisfactorio para nuestro ego. Evidentemente esto eleva nuestra autoestima razón de más para destacar.

También hemos recibido la obligación de conseguir aquello que ansiamos, con independencia de si hay o no rival. Y muchas veces nos tenemos que preguntar aquello de “¿el fin justifica los medios?”

Y por último, hemos aprendido a querer caer bien al prójimo con un objetivo de estima, para ser más queridos, o con un objetivo de “integrarnos”, para ser aceptados.

Sin duda, seducir, conquistar, agradar, embaucar tiene su origen en la consecución del objetivo que queremos conseguir. Desde agradar por el mero hecho de ser queridos, hasta conseguir que el otro actué como deseamos.

Para llevar un equipo hay que tener muchas cosas en cuenta. Pero sobre todo tener en cuenta cómo conseguir lo que quieres que hagan. Los gritos nunca fueron una buena técnica. Justificar los objetivos y razonar los comportamientos suele ser algo que agradece todo el mundo.

Muchas veces, estos actos son tan involuntarios y tan poco conocidos por quien los ejecuta, que en ocasiones me dan hasta miedo. Por eso, porque le tengo un miedo atroz al engaño, desde bien joven me he pasado horas y horas viendo cómo la fauna de la noche (y del día) se relaciona entre sí para conseguir tener una mayor información de los hechos, que casi siempre ocurren de la misma manera.

Ya hace tiempo que han empezado a cansarme determinado tipo de reglas del juego. Después de apostar muchas veces conmigo misma cómo se comportarían algunas personas en determinadas situaciones y ganar reiterativamente, decidí darme la medalla de oro, y abandonar tal investigación, para pasar a vivirlo esta vez en primera persona. Y si bien es cierto que no siempre las cosas funcionan igual, para fortuna de las solteras hay cosas que nunca cambian.

Chico conoce chica. Chica disimula que no le gusta chico. Chico se interesa más por chica. Chica consigue chico.

Llevaba días desanimada. Después de aquella historia con Mr. Big, todo el mundo me había parecido igual y por mucho que intentara mirar más allá no había visto a nadie que captara un mínimo mi atención, fuera por el motivo que fuera. Había empezado a creer que había perdido el interés por el género masculino.

Dado que nos lo habíamos pasado tan bien con Ce en el Stay Fine la última vez, volvimos a ir el siguiente fin de semana. Ya dentro, Ce volvió a divisar a alguien para mí, a lo lejos. ¡Y volvió a acertar!

-Mira, allí en la barra, ese tiene pinta de ser de los tuyos…

-Está bien, desde aquí no veo nada, acerquémonos… -dije con apatía. No es que tuviera esperanzas de nada… pero no por eso

iba a dejar de intentarlo. Tenía que volver a la primera persona y vivirlo.

Realmente al acercarnos, el tipo creó un interés instantáneo. Ce debió verlo en mi cara, porque a la mínima ocasión de entrada, lo hizo, sin preguntarme absolutamente nada. Sabía que necesitaba conocer a alguien o acabaría metida en un convento. Y el éxito sólo venía si se intentaba. Así que había que hacerlo.

-¡Pues vaya mierda de música! ¿Qué? ¿Vamos los cuatro y le pegamos?–dijo Ce al ver que las caras de los chicos desaprobaban la versión de la canción que había elegido el disc-jockey.

Instantáneamente ya éramos cuatro. Inmediatamente la atracción se mascó en el ambiente y en un descuido rápido y natural, me quedé hablando con él. Empezamos a hablar y hablar y hablar sin crear un solo segundo de silencio. El interés era mutuo. Se notaba. Él era:

> *Aidan, soltero, 25 años, muy atractivo. Estudiante de filosofía, músico y pintor. Trabajaba en una escuela de baile como responsable del bar. De pensamiento abierto, libre y algo individualista. Conocerle fue algo que me sorprendió muy gratamente, pese a mi desidia al empezar la noche.*

La conversación empezó a ser de lo más interesante desde el principio hasta el fin. Llevaba días formulando una pregunta que me tenía inquieta y puesto que estábamos hablando de la estética lo solté sin más.

-¿Qué mujer os resulta la más guapa del mundo?

-Tú –dijo él. Se lo había dejado en bandeja, pero aun así me entró un ataque de risa. Sabía que estaba mintiendo, pero su respuesta me pareció de lo más conmovedora.

-Ya, ya, claro.

-Lo que quiero decir es que la mayoría de mujeres famosas tienen una belleza perfecta, pero a mí siempre me gustará más una chica que vea por la calle por ejemplo.

-Ya… ¿y en qué te fijas primero?

-En la cara.

-¡Oh claro! Tú ves una chica y si está de espaldas ya no te llama la atención.

-Evidentemente también le miraré el culo y las tetas… pero lo que más me impacta siempre es la cara.

Culo y tetas. Respuesta sincera, clara y concisa. Subían los puntos a su favor cada vez que respondía a una pregunta. Charlamos de la libertad, de las parejas, de las convecciones sociales, de música, de pintura, de arte… Todo iba de maravilla, parecía que la química había subido a estados monumentales. Realmente empezaba a estar alucinada hasta que…

-Bueno, tenemos que irnos – dijo

¿Se acabó? ¿Eso fue todo? ¿Por qué me había dejado llegar hasta aquel estado de éxtasis? ¿Para romperlo de manera tan brutal?

- Bueno… Ya nos veremos… un placer... en serio…-remarcó.

Estaba a punto de desaparecer cuando una de aquellas situaciones incómodas se generó en el ambiente. Ninguno de los dos quiso entrar en el tópico de pedir el teléfono, ni darlo… pero…

-Yo suelo venir aquí los viernes – Dijo tímidamente- así que supongo que nos veremos – provocó una pausa - Si volvéis, claro.

¿Esto es una cita para el próximo fin de semana? No he podido llegar a aclararlo. Se ha ido.